

8. El hombre en prisión

Está escrito en las Escrituras que «ciertamente moriremos» (2 Samuel 14:14). Pero esta necesidad no estaba de acuerdo con el propósito u ordenamiento original de Dios. Dios es el Dios de la vida. Él no se complace en la muerte de ninguna de Sus criaturas (Ezequiel 18:23, 31, 32). Él pronunció la sentencia de muerte sobre Adán, pero le había advertido contra la culpa que ciertamente la traería; Él prohibió perentoriamente que siguiera un curso que resultaría en la muerte (Génesis 2:16, 17). Que el Señor amaba al hombre y tenía un fuerte deseo de que viviera y no muriera, se muestra en la maravillosa provisión que hizo para rescatar al hombre de la muerte.

«El pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte» (Romanos 5:12). Y «el que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio» (1 Juan 3:8). Por su engaño y falsedad, él llevó a nuestros primeros padres a pecar; pero como la muerte sigue inevitablemente al pecado, el que introdujo el pecado introdujo la muerte. Por lo tanto, también se dice que el que tenía el poder de la muerte es el diablo (Hebreos 2:14).

Respecto a los hijos de Raquel, el Señor prometió que volverían de la tierra del enemigo (Jeremías 31:16). Estos niños fueron cruelmente asesinados (véase Mateo 2:16-18). Pablo dice que *la muerte es el último enemigo* (1 Corintios 15:26). Es el último enemigo, porque cuando la muerte nos alcanza, ningún otro enemigo puede llegar a nosotros. La vida es la primera y más grande de todas las bendiciones; así, la muerte es el más grande y último de todos los males. Estaban bajo el poder de la muerte, bajo el dominio de Satanás, pues Satanás, al introducir el pecado y la muerte, abrió las puertas del sepulcro, esa gran prisión de la humanidad.

El *Seol*, el lugar de todos los muertos, siempre se describe como un reino de oscuridad, penumbra y terrores; sus habitantes no tienen luz ni conocimiento; todas sus esperanzas, sus miedos, sus alegrías, sus penas, sus pensamientos han perecido. Escuchemos la palabra del Señor sobre este tema:

«Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa; porque su memoria es puesta en olvido. También su

amor, y su odio y su envidia fenecieron ya» (Eclesiastés 9:5, 6). «Todo lo que te venga a la mano para hacer, hazlo con tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni designio, ni conocimiento, ni sabiduría» (versículo 10).

Job, hablando de la condición de aquellos que caen bajo el poder de la muerte, dice: «Cambias su semblante, y le despides. Sus hijos vienen a honra, y él no lo sabe; o son humillados, y él no lo percibe» (Job 14:20, 21).

El salmista ofrece una sorprendente ilustración de los reinos de la muerte, como sigue: «¿Harás tú maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será contada en el sepulcro tu misericordia, o tu verdad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas tus maravillas, y tu justicia en la tierra del olvido?» (Salmos 88:10-12). Y de nuevo: «Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos» (Salmos 146:4).

Y no es meramente su conocimiento y pensamientos, y su interés en las cosas temporales lo que ha perecido; han perdido su conocimiento de Dios y su poder para alabarlo. «Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el sepulcro, ¿quién te alabará?» (Salmos 6:5). Esto no se refiere al sepulcro como consideramos ese término; habla del *Seol*, el lugar de los muertos en general; como dice Lange, se refiere a ese lugar en el cual el alma de Cristo no fue dejada (compárese Salmos 16:10 y Hechos 2:27, 31). Leemos de nuevo: «Los muertos no alabarán a JAH, ni cuantos descienden al silencio» (Salmos 115:17). Y aún de nuevo, donde el contraste entre la condición y el poder de los muertos y los vivos se muestra en los términos más enfáticos: «Porque el Seol no te alabará, ni la muerte te glorificará; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, este te dará gracias, como yo hoy» (Isaías 38:18, 19).

No estaba en el orden de Dios que el hombre llegara a una condición como la descrita por estos textos, o descendiera a tal estado de oscuridad, penumbra y olvido. Fue *toda la obra del enemigo*, cuyo objetivo era estropear la obra perfecta del Creador.

El hombre en el sepulcro es representado como encerrado en su oscuridad y penumbra, como los prisioneros son encerrados en una prisión o mazmorra. «Allí

los presos juntos reposan» (Job 3:18). Hablando de castigar a los reyes y a los grandes de la tierra, el Señor dice:

«Y serán reunidos como se reúne a los presos en mazmorra [o calabozo], y encerrados en cárcel, y después de muchos días serán visitados» (Isaías 24:22).

Tal es la condición de todos los que van al sepulcro. Pero muchos, con toda sinceridad, creen que solo una parte del hombre muere; que una parte de él vuelve al polvo, y otra parte evade la pena y continúa viviendo en algún otro lugar, o en alguna otra condición. De esto no encontramos ninguna indicación en la ley, ni en la pena, ni en la sentencia pronunciada sobre el pecado. «Porque la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23). «El alma que pecare, esa morirá» (Ezequiel 18:4). Siendo así, toda la cuestión gira en torno a este punto, de cuánto del hombre, o qué parte del hombre, cometió el pecado. Todo lo que pecó debe morir. Reconociendo el hecho de que el hombre está constituido de partes, no podemos decir que una parte de él pecó y otra parte no pecó. Si bien es cierto que la paga del pecado es muerte, no puede ser cierto que el hombre real, la parte verdaderamente responsable del hombre, no muera. Si alguna parte escapa a la pena, debería ser aquella parte que es la menos responsable.

Pero las Escrituras no apoyan tal teoría. Ellas, en efecto, enseñan que el hombre está constituido de diferentes partes, pero se necesitan las diferentes partes para constituir al hombre. *El hombre entero* estuvo involucrado en el pecado, en la caída, y *el hombre entero* debe sufrir la pena. Ninguna otra doctrina que esta es consistente con las escrituras que hemos citado. En la muerte no hay recuerdo de Dios, no hay acción de gracias a Él. La muerte es la tierra de la oscuridad y el olvido. En el *Seol* no hay designio, ni conocimiento, ni afectos. Cuando el hombre muere, sus pensamientos perecen. Todo esto lo hemos leído en términos claros en la Biblia, y debemos *creerlo o negarlo*. ¿Qué haremos?

Es este hecho lo que hace que la doctrina de la resurrección tenga una importancia tan inmensa. Dice Pablo: «Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe; [...] Porque si los muertos no resucitan,

tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1 Corintios 15:13-19).

Aquí se muestra claramente que sin una resurrección no tenemos esperanza más allá de esta vida; y, sin una resurrección, aquellos que han dormido en Cristo perecieron. Esto no está de acuerdo con *la opinión más popular*, de que los muertos ya están en gloria, lo que hace su salvación y felicidad independientes de la resurrección. Y de nuevo el apóstol dice, en el versículo 32:

«Si como hombre batallé en Éfeso contra fieras, ¿de qué me sirve? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (1 Corintios 15:32).

Sobre este texto, el Dr. Clarke hace un comentario muy apropiado y veraz, como sigue:

«Lo que el apóstol dice aquí es una *conclusión regular y legítima* de la doctrina de que no hay resurrección; porque si no hay resurrección, entonces no puede haber ningún juicio, ningún estado futuro de recompensas y castigos; ¿por qué, entonces, deberíamos soportar cruces y mantenernos bajo disciplina continua? Comamos y bebamos, tomemos todo el placer que podamos, porque mañana moriremos; y ese es el fin de nosotros para siempre».

En esto, el Dr. Clarke tiene toda la razón. Es, de hecho, la *conclusión legítima* de la doctrina de que no hay resurrección, pero no es la conclusión legítima de esa doctrina según *la opinión más popular* de que los muertos ya están salvos en el cielo y glorificados sin la resurrección. Según las Escrituras, el hombre está *verdaderamente en prisión*.